

EL ECLIPSE DEL SENTIDO

Hernando María Linari

“El Eclipse del Sentido”

Hacia una filosofía de la esperanza



Universidad del Aconcagua
DEPARTAMENTO DE PUBLICACIONES

Mendoza, Octubre de 2005.

Agradecimientos

Todo agradecimiento termina resultando ingrato por lo limitado. En este tipo de sentimientos las palabras están de más. Dentro de estos límites intentaré un acto de justicia.

En primer lugar a quien me ha prologado el presente trabajo, verdadero padre, amigo y maestro, a su mirada humana, cercana y profunda, y a sus manos que -como a tantos otros- se atrevieron a modelar este corazón.

A quienes estas páginas le resultarán más significativas y familiares: mis padres, mis compañeros de trabajo de todos los días, mis amigos ...

Y a todos aquellos que creyeron en este proyecto y lo alentaron desde el comienzo.

A todos ellos mi eterna gratitud.

“... esta lejanía se nos ofrece como algo interior, como un dominio nostálgicamente nuestro, exactamente como la patria perdida para un exiliado... Debemos por tanto concentrar nuestra atención sobre un ser que tiene la conciencia de no coincidir con el sitio en que está, es decir, con un lugar de exilio que es accidentalmente suyo, en oposición a determinado centro que sería su lugar real, pero que en las condiciones contingentes en que está sumido sólo puede evocarse como un más allá, como un hogar de nostalgia.”

Gabriel Marcel

El misterio del ser

Índice

Prólogo.

Introducción.

- Noción onto-antropológica.
- Heridas que no cierran.
- La mirada que se limpia y hace sabia.

Reflexión primera: "Esperanza y existencia".

- *Esperanza* y rebeldía interior.
- La experiencia de *negatividad* en el sufrimiento.
- Cotemporalidad del sufrimiento y la esperanza.
- Respuestas poco felices.
- Valor de la esperanza en la búsqueda de sentido.
- Desesperanza y muertes existenciales.

Reflexión segunda: "El escándalo de la limitabilidad y contingencia".

- La pregunta por el sentido del dolor.
- Sufrimiento: ¿predestinación?
- Tras las huellas genuinas.
- Primeras aproximaciones.
- Importancia de la aceptación.
- Otros alcances dolorosos del dolor.
- Significado del sufrimiento como "mal".
- Mal "moral" y mal "vivido moralmente".
- Actitudes frente al dolor.
- Contradicciones en el espíritu humano.

Reflexión tercera: “El dolor que enseña”. (I parte)

- Valoraciones diversas del dolor y el sufrimiento.
- Valoración simbólica por el lenguaje.
- La *autojustificación* como mecanismo de defensa inadecuado.
- Epifanías del *sufrimiento*.
- Triunfo sobre la carne sufriente.
- Abordar adecuadamente el *misterio* del dolor.
- Cuerpos *dolientes*, hombres *sufrientes*.
- Las metáforas de la carne sufriente hacia la reconquista de los sentidos.
- Sobre el silencio en el dolor.

Reflexión cuarta: “El dolor que enseña”. (II Parte)

- *Enseñanza* como acción pedagógica.
- Aprendizaje en la *tensión contrastual*.
- Algunos sentidos de padecimientos injustos.
- El dolor también es bueno.
- Una *axiología* relativa a la lucha contra el dolor y el sufrimiento.
- Condiciones de *aprendizaje*.
- Metáforas de la carne y lenguaje simbólico.
- Desentrañar los mensajes de los cuerpos sufrientes.

Reflexión Quinta: “Sufrimiento y el Mal”.

- No necesariamente es malo el dolor.
- Relación entre el *sufrimiento* y el “mal moral”.
- Padecimiento como experiencia *crítica*.
- El “punto crítico” que redime.
- Datos fenomenológicos del *mal moral* en la sociedad.
- El «*círculo vicioso*» del mal moral.
- La honda solidaridad en el mal como esencia del *mal estructural*: la *acción corruptora* del mal moral.
- Objetivaciones sociales del mal moral.
- Carácter *generativo* de las estructuras inmorales e injustas.
- Algunas concreciones del mal moral.
- *Estructuración* del convivir humano.

Reflexión sexta: “La Desnudez Existencial”

- El verdadero exilio.
- La sensación de la nada.
- Soledad y silencio.
- Las malas soledades.
- Pero de toda soledad se puede aprender.
- Conocimiento de sí.

Reflexión séptima: “Desolación y lucha espiritual”.

- Desolación y desnudez existencial.
- Sintomatología.
- Ámbito del combate interior.

Reflexión Octava: “Agonía y Punto Crítico”

- Desolación y crisis.
- Ruptura y cambio ontológico.
- Elaboración del duelo.

Reflexión Novena: “Libertad y Autenticidad”.

- Discernimiento e interioridad.
- Acepciones del término *discernimiento*.
- Opciones y naturaleza personal.
- Decisiones y orientación existencial.
- Horizonte del ser-personal en el dinamismo operativo.
- Disposición del espíritu humano frente a la *verdad*.
- Dinamismo operativo y sentido existencial.
- Vector conductual.
- La “opción fundamental” y la *desnudez existencial*.

Reflexión Décima: “Libertad e Indiferencia Espiritual”.

- Libertad en la era *hipermodernista*.
- Las pseudo-filosofías: la *verdad* diluida.
- Verdad y *contemplatividad*.
- Condiciones para la *indiferencia espiritual*.
- Concepto de *indiferencia espiritual*.

Reflexión Undécima: “Fortaleza: Resiliencia y Tenacidad”.

- La *fortaleza* y sus virtudes anejas.
- Contenidos conceptuales de la *fortaleza*.
- *Resiliencia, tenacidad* y “punto crítico”.
- Modelos *resilientes*: hombres y pueblos grandes”.

Reflexión Duodécima: “Esperanza: paciencia y ternura”.

- La *esperanza* no defrauda.
- Esperanza y *utopía* : certeza de un mundo mejor.
- La “promesa”.
- *Parresía* y *Hypomoné*.
- El concepto de *parresía*.
- El *parresíastés* para nuestros tiempos.
- El momento de la *parresía* en el horizonte del obrar humano: la capacidad de asumir costos.
- Tensión interior del *parresíastés*.
- La opción fundamental: Kénosis, camino de la *palabra* edificante, o *kenofonía*.
- *Parresía* y *ternura*.

Epílogo: “El eclipse del sentido: ternura, fuego y belleza”

PROLOGO

Prólogo.

En la vida nos encontramos ante situaciones que nos requieren un *salto*, en el que se asumen riesgos pero que -a la vez- exigen discreción y discernimiento. Se puede intuir que, de no realizarlo, uno terminará con una vida inerte, mediocre, mediana; pero, al mismo tiempo, no se puede saber con exactitud en qué terminará ese “salto”. Tal vez lo que mejor pueda enmarcarlo es la tensión entre la confianza y la incertidumbre. Y eso le falta al hombre de hoy, al hombre de la cotidianidad, al hombre de ciencias, al hombre buscador de significados, tan ávido de seguridad, por un lado, y aferrado al seductor vértigo existencial que le evita el trabajo de tener que detenerse a considerar las consecuencias de sus decisiones, por el otro. *Confianza* para asumir costos y no caer en la chatura, y *discernimiento* para ser sobrios y prudentes ante lo incierto. El signo de que la confianza no es indiscreta y que el discernimiento está bien hecho es el sentimiento de paz que invade el corazón, aún en las situaciones límite.

El autor de este libro nos dice que el hombre está ávido de sentido para su vida, pero que su vida vaga en el sinsentido porque carece de *esperanza*. Allí está la clave del asunto, porque si no hay esperanza no puede haber una confianza verdadera ni, mucho menos, discernimiento. Sin esperanza, el hombre jamás podrá alcanzar la paz. La paz es como un llamado que viene desde el futuro, y -a la vez- funda al hombre desde su historia, para que su presente tenga sentido y se anime a dar los saltos que su existencia le va reclamando. Pero para que sus intuiciones tengan fuerza y que sus saltos no sean al vacío, debe limpiar su mirada de suciedades. En el fondo cada salto es un acto gnoseológico: el hombre tiene que anonadarse, vaciarse de sí y ponerse a disposición de la vida y lo que la historia le requiera, para conseguir una mirada cada vez más limpia y esperanzada. Es la mirada que sabe lavarse con genuinas lágrimas.

La vida suele regalarnos encuentros con este tipo de personas de mirada limpia, que “miran” y “sueñan” a la vez.. Miradas colmadas de silencio, paz y ternura, y que uno teme mancharlas con su mediocridad. Son personas que a lo largo de su vida han realizado muchos de estos saltos. Sucede que, una vez efectuado uno, esa persona necesariamente es depositada ante otro, y luego otro...

Como dice Linari, hay “dolores”, sinsabores profundos y muy amargos, heridas abisales que pueden al hombre “eclipsarle” su razón de ser y existir; situaciones tan enormemente crueles que obnubilan los ojos para alcanzar el sentido de las cosas y de la historia. Sin embargo, ellos alcanzan a ver, aunque no se sientan con el poder de identificar y conceptuar lo inalcanzable, lo que nosotros, quienes creemos ver, no podemos. Somos nosotros los “eclipsados”.

A veces esos saltos existenciales son decididos libremente, pero otras veces se imponen aunque no se lo quiera; pero lo que sí decide el hombre es el ejecutarlo con dignidad. Son pruebas que la vida va poniendo, heridas que, paradójicamente, cierran otras eventuales heridas, y que son más graves. Haber traspasado ese umbral no sin angustia y sufrimiento, permite al hombre caer en la cuenta de que no solamente le evita caer en otro tipo de males, sino que, sobre todo, limpia su entendimiento y voluntad dando coherencia a su memoria. Entonces aparece el ser humano investido de una libertad nueva, de pureza en la contemplación, y de la capacidad de sanar y consolar.

Nos es posible contemplar reverentes -nos dice Linari- un evento de entrega personal cargada de “ternura”, de sencillez, de pureza original, de un sentido solidario que sólo comprende quien así pretende vivirlo, y de capacidad de salir de sí. Es contemplar el núcleo abisal en el que radica la “sabiduría” en su esencia más pura. Estos ejemplos abundan, porque estamos hablando de toda una gama de sufrimientos que va desde el más leve (aunque significativo) de los sometimientos de la voluntad propia hasta el más cruel e injusto de los martirios.

En estas reflexiones Linari se nos presenta como un baqueano de la existencia. Nada humano parece serle ajeno, pero no se queda en un mero conocimiento enumerativo de las cosas humanas; va más allá: se deja cuestionar por lo humano y esto hasta las lágrimas. En él tiene plena vigencia el virgiliano "Sunt lacrimae rerum et mentem mortalia tangunt".

Buenos Aires, 9 de septiembre de 2004.

CARDENAL JORGE MARIO BERGOGLIO S.J.

INTRODUCCIÓN

Introducción.

El trabajo que tenemos entre manos consiste en una serie de doce reflexiones, cada una de las cuales puede ser considerada independientemente de las demás, y, sin embargo, guardan entre sí un orden e ilación argumentativa: una reflexión desemboca significativamente en la siguiente, y así sucesivamente. Pretende ser una ayuda para todas aquellas personas ávidas en la búsqueda de su destino y misión en este mundo, es decir, su sentido. Pero la afirmación central del trabajo es que no es posible alcanzarlo fuera de la órbita de la esperanza. Y en eso consiste su elaboración: en mostrar que no es posible evolucionar en nuestra vida sin la virtud de la *esperanza*, virtud entrañada en toda existencia humana, por más que no todos la adviertan o consideren su necesidad para la búsqueda de los significados existenciales en la prosecución de la verdadera felicidad, adecuada a cada uno en particular.

Está destinada a todos los ávidos de respuestas existenciales, como he dicho. Las preguntas categóricas que se nos presentan suelen aparecer en los momentos más conflictivos como inentendibles, de modo especial, en aquellos que guardan una profunda dramaticidad. Los que sufren son los primeros destinatarios, y, obviamente, todos aquellos que persiguen de todo corazón hallar respuestas al problema (por denominarlo de algún modo) del sufrimiento humano, no sólo por sí, sino, además, por querer ayudar a los demás.

Ubico el presente trabajo dentro del género filosófico *onto-antropológico*. Aborda una problemática principalmente antropológica, pero atendiendo en cada situación considerada la dimensión ontológica; o, si se quiere, continuamente pretendo alcanzar el ser profundo que subyace en la conducta humana y que, al mismo tiempo, las abarca e informa. Hacia el final, la ilación argumentativa desemboca en el orden gnoseológico, porque la búsqueda de sentido existencial, conducida por la virtud y

actitud de la *esperanza*, deviene en una manera nueva de mirar y considerar la realidad; el hombre templado por las pruebas de la vida se vuelve más contemplativo, pudiendo alcanzar la verdad del ser personal y de las cosas en el mundo en mayor plenitud. Se trata del cruce por la criba de lo que aparece sin ninguna razón de ser, la criba del *sin-sentido*. Las cosas, probablemente, no habrán cambiado, ni en su estructura ni de sitio; pero el hombre que dio pelea a este sinsentido sí pudo experimentar un cambio que llamaremos *ontológico*, porque si bien continúa siendo el mismo, ya no es ‘lo’ mismo. Lo “sin-sentido” como experiencia límite que pone a prueba al entendimiento humano para terminar por purificarlo.

De qué manera se alcanza la verdad del hombre (meta con una importante dimensión epistemológica) equivale a llegar al desvelamiento del sentido de su existencia. Para lograrlo, el ejercicio de “conocer” debe necesariamente involucrar la existencia entera, porque en cuanto el entendimiento queda escindido del obrar cae en una incoherencia que lo lleva a comprender la realidad de manera mentirosa. El entendimiento, básicamente, se encuentra con dos obstáculos en su búsqueda de la verdad y del sentido existencial: la coherencia de vida (puesta a prueba casi cotidianamente, y que es la lucha del hombre por no “mentirse”), y el sentido que en la vida tiene lo que es “sin-sentido” (que supone traspasar comprendiendo aquello que golpea toda lógica humana).

A lo largo del trabajo van surgiendo, a veces de modo experiencial angustiante, las preguntas por los sentidos existenciales, por *el sentido...* por la verdad respecto a la propia existencia; pero, así como las preguntas surgen desgarradas (como desgarrados suelen ser los comienzos del filosofar) un sentimiento de esperanza acompaña continuamente los cuestionamientos. A medida que va madurando el proceso de decantamiento de las respuestas, y al ir ingresando en terrenos y dimensiones donde se torna más complicado conceptualizar claramente significados que resultan profundos y elevados, el lenguaje va acomodando a ejemplos de vida como también a los elementos que el lenguaje metafórico nos acerca para una mejor y adecuada comprensión por parte del entendimiento y el corazón.

La columna vertebral es la *esperanza*. Con su compañía alentadora es más factible y significativa una aproximación a los sentidos del dolor y sufrimiento humanos en sus múltiples expresiones. Al mismo tiempo, intento que el argumento filosófico no esté fundado en la mera razón, sino que, fiel a la tendencia actual de la filosofía, se

fundamente en hechos científicos. He tratado de evitar afirmaciones de carácter teológico, no sólo para no herir susceptibilidades sin sentido, sino, además, porque pretendo que el mensaje sea provechoso para todos aquellos que se acerquen a él, aunque más no sea movidos por la simple curiosidad. El punto general de partida está en la afirmación de que en la aceptación o el rechazo del sentido existencial personal está la raíz tanto de nuestra felicidad (que trasciende a cualquier tipo de dolor significativo como necesario; insisto en que hay dolores y sufrimientos que son innecesarios, como el infligido injustamente o el masoquista) como de nuestra desazón y tristeza devenida en amargura. El dolor es una puerta abierta a la posibilidad de conocer la verdad que nos hace sabios.

Heridas que no cierran

No siempre que una herida abierta se empecina en cerrarse se debe a una cuestión de orgullo o soberbia (“A mí no puede ocurrirme una cosa así”.... “Yo no merezco atravesar por una situación como ésta”... etc.). A menudo la situación llega tan al límite y embota tanto al juicio intelectual y al volitivo que la experiencia existencial desborda todo el ser; no se sabe dónde se está parado y las respuestas no existen. Una dentadura es la encargada de clavar sus dientes en los bordes de la herida, al tiempo que una áspera lengua irrita aún más la lastimadura.

No sólo en la amargura del resentido se observa una herida que jamás ha cerrado (en este caso es uno el empecinado en no dejar que su herida se cierre). Existen otros casos en que lo “significativo” consiste en la pérdida de docilidad respecto de los mensajes que la existencia con su realidad (con su “verdad”) envían al hombre para que éste des-vele su sentido existencial. Pérdida de docilidad implica “pérdida de los sanos cuestionamientos por los *por-qué*” y “pérdida de aceptación” del cómo nos viene dada la vida, o bien por una caprichosa actitud de cerrazón u orgullo, o bien porque la docilidad para muchos es un don que ayuda a sobrellevar momentos difíciles buscando respuestas, pero que tantos otros no tienen, como otros no tienen capacidad o fortaleza intelectual o volitiva para alcanzar comprensión de eventos que desbordan al ser humano. Estos casos se descubren en aquel que deambula por la existencia no sólo sin sonrisa, sino además como anulado en una antigua y eterna tristeza, seco como una teja, y con una imposibilidad de llorar porque ya no le quedan lágrimas. Otros viven en

una interminable oscuridad; pueden ser buenos o malos; eso no importa; lo cierto es que han perdido toda sensibilidad, y ya no les interesa recuperarla. El sufrimiento ha sido tan grande... Y, como alguien dijo, “cuando uno creyó ya haberlo soportado todo en materia de dolor, se encuentra con que todavía queda más”.

Podemos decir, entonces, que en la base aparecen motivos importantes para que hayan heridas que no cierran. En aquel sujeto que busca los motivos o razones con cierta docilidad o aceptación (o que la aceptación es conquistada al cabo de sufridas e insistentes luchas en la búsqueda de la verdad), tarde o temprano, el sentido aflorará. Pero no es fácil para quien su sufrimiento no es acompañado por ese deseo de comprender y alcanzar sus significaciones, ya sea por creerse más y sentirse no sólo con el derecho a no sufrir, sino hasta con la obligación. El sufrimiento “no es para él”, y cuando éste viene a aparecer, de desmorona todo su sistema lógico. Por supuesto que tenemos “derecho” a no sufrir; pero en sufrimiento nos viene dado, y no es algo que podamos manejar nosotros.

Pero existen heridas que, por su severidad y profundidad es tan difícil que cierren, que, para esto sea posible, debe mediar o una disposición especial en quien la padece (no es lo común, y quien posee esta capacidad es dueño de un don especial), o una ayuda venida desde fuera del paciente, ya sea de manera fulminante (cosa que su acción tienda a “despertar” del estado de abatimiento en sus múltiples formas), ya sea como producto de una ayuda que consista en un proceso lento, que no deje puntadas libradas al azar, y muy paciente. Esta “ayuda” venida de fuera tendientes a provocar un cambio de actitud frente a la prueba, puede provenir de alguien que irrumpe o como un cachetazo saludable, o con gestos pacientes y delicados que produzcan cambios de raíz paulatinamente. Pero puede también provenir de una situación vivida por quien sufre, que, de pronto -y en medio de su dolor- lo hace recapacitar, moviéndolo a no bajar los brazos y a luchar en la consecución de un horizonte de sentido que antes no aparecía.

No obstante, a pesar de estos intentos -y de muchos otros- hay heridas que continúan sin cerrar: una dimensión del hombre sufriente, muy honda, en el corazón mismo de su existencia, ha quedado como muerto, y, aunque eventualmente sonría, sus ojos reflejan una profunda tristeza de muerte. En otros casos es toda la existencia la que queda abatida en sin-sentido, y, por más que su vida continúe contemplamos suertes de zombies.

Esto alguna vez lo hemos podido constatar. No obstante, nosotros somos los primeros equivocados si, ya de antemano, nos ahogamos en la misma dinámica de su experiencia dolorosa sin aparente salida y no avizoramos luz. Desde el vamos que no ayudamos si consideramos el problema sin solución. Nuestro desafío es, pues, encontrar la luz de esperanza que nos ilumine, primero nuestras incomprendiones que nos oscurecen, y, segundo, que alumbre las fisuras por las cuales la luz de la esperanza pueda filtrarse en esos corazones en apariencia invenciblemente infranqueables.

Efectivamente, no serviría de nada ni tendría sentido alguno indagar por las heridas jamás cerradas y lo que ocurre con las personalidades de quienes las sufren; no sería más que un relevamiento de casos o un trabajo de investigación sobre sus consecuencias. Pero no solucionaríamos nada.

La mirada que se limpia y hace sabia:

El sufrimiento y el dolor son como un mar a cruzar con la esperanza de alcanzar la otra orilla. Uno de los problemas, quizá el principal, es no poder vislumbrar esa orilla, porque el mar, entonces, es esa infinita inmensidad que nos lleva al descorazonamiento, la desazón y la impotencia que genera su oscuridad, y que pueden convertirse en desesperanza o en desesperación al desvanecerse la noción del tiempo y del espacio, así como todo horizonte de percepción. Es éste el momento de la prueba en el que, tal vez, nos dejamos hundir. Cruzar este mar supone una actitud sabia que involucra nuestro entendimiento y nuestro corazón... supone un ejercicio interior en el que se van resolviendo todo tipo de cuestionamientos que los sin-sentidos traen aparejados, y con lo cual se nos van acomodando las fichas de nuestro rompecabezas existencial casi sin darnos cuenta. Pero “sabio de humilde mirada sabia” es aquel que logró llegar a la otra orilla: éste puede “mirar” hacia atrás con un conocimiento interno de las cosas, de los eventos, de la realidad; un conocimiento distinto, que parece nuevo, aunque en realidad, quien venció la barrera de la prueba se percata de que nada hay de “nuevo”, porque el significado siempre ha estado “allí”, y que el *incapacitado* era uno mismo.

Contemplar con sereno asombro que ese mar es infinito, que allí está la fuente de la vida, la vida misma, que allí está Dios, es como descubrir que se pasó por un *descenso*, por un *hundimiento* al corazón mismo de la vida y del mundo, en donde el

bien se toca con el mal, la verdad con la mentira, la lucidez con el engaño, la pureza con la corrupción, ¡la vida con la muerte!... el sin-sentido con el más claro sentido de la vida. De este núcleo abisal fluye toda la existencia. Estos ojos, que aprendieron a mirar de una manera semejante, alcanzaron la promesa de la *esperanza*, y la *esperanza* consistía en navegar hacia aquel horizonte que no se distinguía, hasta el punto de ponernos a prueba la realidad de su existencia. Entonces, al lograr establecernos en esta costa (que unas veces tarda tanto en hacerse visible, así como otras surge de repente), experimentamos cómo una paz infinita inunda el alma.

Mi objetivo se daría por satisfecho si este trabajo lograra provocar en el lector un encontrado sentimiento paradójico de que ese mismo dolor (igual que el sufrimiento) que como un empecinado enemigo atosiga, molesta, hiere y lastima, persigue al hombre porque busca hacerse su amigo; y su mensaje es un camino a la esperanza.

Al pararnos ante el dolor y entrar a dialogar con él, es como si éste se nos abriera mostrándonos sus entrañas para que podamos descender a su misterio. Entonces, se nos manifiesta la posibilidad no ya de enfrentarlo, sino de hacernos “uno” con él. Así, puede el hombre desentrañar mensajes y significados comúnmente inaccesibles. Se trata, por tanto, de dos momentos: el de la “actitud” frente al dolor y el del “acceso” a su interior (lo que nos responderá, además del “para qué” el “por qué” mismo).

El dolor (como el sufrimiento), presenta sus significados cuando no somos irrespetuosos y nos relacionamos con él con humildad. Es, ciertamente, un misterio; y, como todo aquello que para el hombre es misterioso, como no lo podemos dominar tenemos la tentación de denigrarlo. Creo que quienes trabajan en contacto con la gente que sufre podrían confirmar esta sensación: el dolor es un santuario al que debemos ingresar con reverencia, como en puntas de pie, para no profanar su silencio maduro. Y, en la medida que nos familiaricemos con él, que nos acerquemos al corazón de su misterio, podremos respirar con desconcierto bocanadas de pureza, hasta llegar a percibir su dimensión generadora de vida.

Antes de preguntarle al dolor “qué sentido tiene”, es imprescindible tomar la postura correcta: no la de la sumisión servil, sino la del respeto; no la de la resignación del “*porque no me queda otra, y, por lo tanto, opto por la dejadez del fracaso*”, sino la de la aceptación serena que hace al sufriente tomar vuelo para contemplar con

ojos profundos y sabios la esencia de la realidad desde las alturas de los conflictos resueltos que nos liberan de innecesarias torturas internas.

Me gustaría, asimismo, que el presente trabajo signifique algo así como una estrellita en medio de la oscuridad para quienes están atravesando el mar del dolor, como también para quienes tienen el oficio de aliviar y dar consuelo en los momentos difíciles; que encuentren en él elementos que puedan ayudarles en los cuestionamientos, dudas y discernimientos que vayan surgiendo. Desde ya les aclaro que son ayudas muy limitadas, y que, les repito, obligan a seguir trabajando sobre este tema. Diría que son "pistas" para encontrar salidas.

Pero pretendo también alimentar la confianza de que aquella costa desde donde la esperanza se descubre no defraudada existe, y que desde allí es posible contemplar con serena luz la verdad de aquel oscuro mar que en la travesía se mostraba sin sentido.

REFLEXIÓN PRIMERA.

“ESPERANZA Y EXISTENCIA”

Reflexión primera. "Esperanza y existencia"

Esperanza y rebeldía interior.

A menudo confundimos lo que significa "esperanza" de lo que significa "ilusión". Estamos ilusionados con algo, con alguien, con un determinado proyecto; entonces "esperamos" a que llegue su cumplimiento. Cuando éste se hace esperar demasiado o simplemente no llega, nos desilusionamos. El desencanto puede tomar formas diversas, como la caída en el sentimiento de sinsentido (desde el cual juzgamos que todo está mal, que todo nuestro entorno está equivocado), la desesperanza, la desesperación, el deseo de muerte presentado de alguna manera concreta...

En tiempos de crisis o confusión sentimos el corazón aturdido y no encontramos las respuestas que ansiamos en esos momentos y no en otros. De manera muy superior, lo mismo se da con el sufrimiento, el propio, el ajeno, el social según sus diferentes expresiones y magnitudes. Pero hay precisamente en este punto un aspecto en el que me gustaría detenerme a considerar, porque justamente donde podríamos vislumbrar el sentido de la esperanza. De todas formas, no está de más aclarar que si a la esperanza creyésemos poder "significarla", es decir, explicar "qué es" o "en qué consiste", y "cómo termina" no sería propiamente esperanza; estaríamos hablando de ilusión, es decir, que "esperaríamos" el cumplimiento de algo deseado, la concreción de algo que necesitamos constatar para demostrarnos (o demostrar a otros que no hay equivocación) o probarnos a nosotros mismos como el requerimiento de asirnos de algo para sentirnos seguros y no caer en nuestras convicciones. En el fondo nos estaríamos autoengañando, racionalizando con el propósito de justificarnos. Pero, aunque nos duela reconocerlo, como me duele decirlo como es difícil aceptarlo, no es

esto la “esperanza” propiamente.

La esperanza es como una luz en medio de una oscuridad, pero la certeza de una luz que, por ser tan general y abarcativa de la existencia, no se la ve con claridad en medio de la negrura: carece de contornos precisos, obedece a algo así como una promesa en la que uno cree que se ha de cumplir pero supone los medios de su realización dándolos por ciertos... entonces, cuando esos medios no son realizados como uno los tenía premeditados entonces ya no hay esperanza, esta no existe: se ha confundido el fin con el o los medios, la rama nos ha enceguecido impidiéndonos vislumbrar el bosque.

La esperanza, por más extraño que nos pueda sonar, es como un “eje” que atraviesa los momentos más difíciles y conflictivos, los traumas existenciales, los sinsentidos, los sufrimientos y dolores. Algo golpea nuestra carne y nuestro espíritu; nos rebela, nos subleva. Quiero esto y me pasa esto otro; lo natural, lo normal, lo “bueno” debiera de ser “esto”, pero sin embargo me aparece esto diverso que no sólo no tiene nada que ver sino que aparece como todo lo contrario. Pero: ¿no será que porque siento esta rebelión interior, este cuestionamiento está la posibilidad de algo distinto?, ¿No será, más bien, que me puedo equivocar y que las cosas nos son tal como yo las “espero”? Si me rebelo, si me quejo (cosa no solamente normal, sino, sobre todo, sana y lógica), si gimo y grito y pataleo y exteriorizo de mil modos e intensidades distintas mis broncas y angustias, mis desazones, es precisamente que existe en el acto del “sufrir” una dimensión de que existe algo diverso a lo negativo, un “estar bien”, que no necesariamente sé o puedo llegar a comprender de qué manera se realizará. Cuando la esperanza es genuina, su cumplimiento excede diríamos que hasta infinitamente nuestra expectativa, ya que no sólo vislumbramos nuestra equivocación sino que advertimos su sentido para nuestra vida y el cumplimiento de nuestro “ser-en-el mundo” y “en-la-historia”. Nos queda como la sensación de vergüenza, de decirnos a nosotros mismos “¡qué tonto he sido!, ¡qué ciego!... ¡qué necio!

La experiencia de *negatividad* en el sufrimiento.

Si tuviéramos que analizar y descifrar el sentimiento de agobio presente en el sufrimiento o conflicto, diríamos que la situación vivenciada es de signo *negativo*.

¿Cómo advertimos su “negatividad”? Indudablemente en ese mismo sentimiento constatamos no ya la posibilidad, sino la realidad de la “positividad” o bondad negada, la ausencia de un bien debido (necesario o no). Podríamos definir el sentimiento o la situación como una *tensión*. Si a este estado cualitativo lo cuantificamos, podríamos decir que pasamos de estar menos mal a más mal, o bien, de más mal a menos mal, ya sea porque el mal realmente disminuye, ya sea porque lo vamos aceptando y asumiendo (que no es lo mismo que decir: “estoy entregado y ya me da lo mismo), lo sublimamos, lo resignificamos, le hallamos su razón de ser. Esperar es transitar por este preciso eje tensional. Pero... ¿y si el sufrimiento o la “prueba” no pasan? La certeza de lo mejor continúa existiendo. Y es esto lo que debemos comprender si queremos ver sin superficialidad ni facilismos: existe aunque no lo alcancemos. Porque no es que no lo alcancemos, sino que no lo alcanzamos como hubiésemos querido, o no alcanzamos lo que hubiésemos querido, o alcanzamos algo que no queremos reconocer que es lo mejor para nosotros y que realmente nos realiza.

Pero se torna imprescindible no confundir “esperanza” con “ilusión”, como tampoco “deseesperanza” con “desilusión”.

Cotemporalidad del sufrimiento y la esperanza.

Cada vez me convengo más de que el sufrimiento es la forma vivencial de dos realidades que son capaces de darse juntos, sino que tienen que darse juntos: el *dolor* y la *esperanza*. Es un punto de nuestro análisis el hecho de un denominador natural común entre un “resentido” y un “sabio”; es tan interesante que tendremos que indagarlo detenida y hasta caricaturezcamente, por convivir como en un punto de intersección actitudes que generan admiración y otras que generan una suerte de descorazonadora gracia. El *dolor* es algo así como un germen de grandeza y dignidad; pero es eso: un “germen”. El *sufrimiento* es el lugar más interior del ser humano donde dicho germen trabaja, donde la semilla es capaz de morir significativamente, o bien, de deshacerse en el olvido de una podredumbre amarga. Si dicho germen trabaja paciente, silenciosa y dolorosamente, sin que nadie más que quien lo padece lo sepa -porque se trata, precisamente, de algo personalísimo, intransferible, sagrado- estará existiendo situacional y paradójicamente en contraste y necesariamente con otra realidad: la de la *esperanza*. ¿No dudamos, acaso, justamente de la “esperanza” en los momentos que

todo lo percibimos negro, en que la vida con sus sentidos, o nuestros sostenidos significados existenciales, en que nuestras más profundas creencias desaparecen de nuestro horizonte de percepción?

Dolor no es lo mismo que sufrimiento; el dolor puede convertirse en lo mismo que el sufrimiento cuando no nos damos cuenta de que hay otro elemento que lo acompaña: la *esperanza*; o bien, el día en que al sufrimiento le sustraigamos la esperanza habremos aceptado malamente al dolor. En la últimas reflexiones podremos constatar que es así. Sufrimos no sólo porque esperamos dejar de sufrir porque no es algo lógico, sino porque un sentimiento angustioso de ausencia de un bienestar debido nos invade. De dicho bienestar podremos recién tener conciencia al sentir la *esperanza* realizarse.

No está de más contemplar la cosa desde la otra perspectiva: no podemos pensar en la “esperanza” (no digo “en ‘las’ esperanzas”) sin esta misteriosa realidad que parece inhumana que significa masticar el polvo. Y esto va mucho más allá que decir: “por supuesto, si no se sufre qué esperamos”. Están juntos; y, una vez desvanecida la una se suelta instantáneamente la otra, como un barrilete que ya no interesa hacia dónde vuela.

La esperanza nos sostiene desde lo más íntimo de nuestro interior en los momentos de prueba. Por decirlo de alguna manera, nos mantiene “vivos”, en constante vigilancia. Sobre el sufrimiento y el dolor se han escrito demasiadas cosas, a tal punto que las evitamos. Es algo tan trillado y hasta manoseado que inclusive nos inspira rechazo ponernos a considerar explicaciones que suenan más a un libro de “autoayuda” que a una búsqueda sincera. Hay también gente que busca como con cierto aire de mamitis explicar porqué si Dios es tan bueno puede existir en el mundo tanta negatividad... como si Dios necesitara que lo defiendan; más bien son respuestas huecas de quienes en realidad no aceptan este componente mundano necesario, o guardan dentro problemáticas que no terminan de resolver.

Respuestas poco felices.

Más a menudo de lo que quisiéramos, las respuestas piadosas (no quiero corromper la palabra *piEDAD*) son verdaderamente opio para la conciencia humana. Así, nos encontramos con consideraciones espirituales, filosóficas, teológicas... que han

dado sus diagnósticos y veredictos a través de recetas para hornos a microondas un sin número de escuelas.

Todos quieren justificar, explicar lo inexplicable o, al menos, desde lo inexplicable. Todos quieren sacarse esta molesta comezón sinsentido que no nos permite transitar cómodamente el sueño de la vida, o pasarlo por lo menos con la menor cantidad posible de sobresaltos.

Pero, lo único cierto es que el *dolor*, nos guste o no, existe, y es inevitable que esté presente en el mundo. A veces estas escuelas no son sino proyecciones de deseos personales o analogías puestas en mayor escala de sentimientos, padecimientos que no queremos asumir, o emociones no resueltas —o no queridas ser resueltas— de elaboraciones pequeñas, individuales, y luego llevadas a los planos generales o metafísicos.

El dolor está. Es inevitable que esté. Nos han pretendido enseñar mil recetas y senderos para evitarlo, sublimarlo, resignificarlo, y hasta ¡buscarlo!. Oímos y hasta decimos: Sí, sufro (o sufrí), pero lo viví con resignación... ¡con *santa* resignación!, porque con tal o cual metodología no me costó como me hubiese costado en otro momento. Tal vez sea la forma de mostrarnos a nosotros mismos y mostrarle al mundo que somos un ejemplo testimonial de que al dolor se lo puede vencer y de que somos o podemos llegar a ser unos “superados”. Pero seamos sinceros, humildes: ¿no es esto soberbia? ¿vanidad? ¿No será más bien este molesto camino la manera de poder evolucionar -en todo sentido- en la vida, admitiendo la contingencia para agachar la cabeza y superarnos desde la conciencia personal y social purificadas. El que lo sabe todo, el que considera que lo tiene todo y que no necesita nada, desde su falso pedestal no podrá mejorar ni crecer, como ocurre con el niño caprichoso que hace puchero, frunce el ceño y pone esa mirada superada que indica que no necesita de ningún tipo de corrección.

Pero no. El *dolor* está para quedarse con nosotros, no para ensañarse sino para enseñar. Para *enseñarnos*: para “enseñarnos” como parte de un aprendizaje que nos acompaña, y para “enseñarnos” porque es una señal que nos “muestra”, que algo nos pretende decir.

Está para *enseñorearnos* y colmarnos con la sabiduría que sólo por él alcanzamos, o -caso contrario- para convertirnos en amargos resentidos, que es cuando la carcoma del mal comenzó a corroernos internamente.

Es más que el anhelo de estar bien, de sentirnos bien y sacudirnos ese lastre de incomodidad (dolor, conflicto, desazón, angustia...) que nos agobia. De no existir, nos daría lo mismo el dolor, viviríamos nihilísticamente nuestra vida, todo nos daría lo mismo; seríamos como algo así como “muertos vivientes”. Sin embargo no es así: nos rebelamos, nos resistimos a quedar indiferentes ante lo que sabemos “malo”. Porque un gemido, aunque levísimo, nos habla de que algo no está bien, en su sitio, o sea que algo es bueno, qué sí hay justicia; de que, por más desordenados, confundidos o atemorizados que nos sintamos, algo -quizá indefinido- nos llama a la unidad interior. De lo contrario simplemente no nos afectaría. Y cuántas veces anhelamos unidad en nuestra familia, en nuestro trabajo, nuestra comunidad, cultura, raza... La unidad es necesidad básica. Cuántas afecciones y desórdenes psíquicos devienen de la falta de unidad, de cohesión interna, o bien la “reclaman”.

En medio de tanto sufrimiento que puede el hombre experimentar estos llamados interiores tienen la luz y el color de lo que es bello y que, precisamente, añoramos. Todo esto es la *esperanza*. Y, en medio del sufrimiento, de algún modo se va realizando, llevando adelante. Cuando estas cuatro propiedades internas (bondad, verdad, unidad y belleza) son más plenas, más y más se muestra la *esperanza*, y su descubrimiento pleno es cuando plenamente las vivimos, realizándonos y realizando como un fuego que irradia calor, color, luz y movimiento. Aún en medio del sufrimiento.

Por eso es que no significa “esperanza cumplida” no haber bebido el cáliz de la prueba.

En cierta forma queda planteada una tensión contrastual (que de algún modo abre más la herida, encarniza vivamente el sufrimiento haciéndolo más conciente) entre lo que debería ser pero no es -ausencia, carencia de ser, sentido de vacío y/o contradicción en la existencia personal; soledad, sentimiento de desamparo...- y lo que se espera que sea.

Lo que en el fondo duele en el alma es esta *aparente* imposibilidad de alcanzar a dicha *esperanza* y cumplimentarla... hasta nos duele la incapacidad de percibir tal imposibilidad, de comprenderla y concebirla con sus matices. Es decir, sólo hay dolor, pero también hay conciencia de él, y, por lo tanto hay sufrimiento; la *esperanza* está, como agazapada, oculta, esperando paciente y al mismo tiempo ansiosamente ser descubierta. Está escondida como un corazón que late en un pecho, porque de lo contrario nos desmoronaríamos y no intentaríamos absolutamente nada.

Valor de la esperanza en la búsqueda de sentido.

La esperanza es como el “hilo conductor” de la no-resignación a la situación negativa. El problema se puede percibir en ese instante en el que uno se tiente de bajar los brazos (renuncia pasiva a la búsqueda de sentido) o de patear el tablero (renuncia activa, o, más bien, “re-activa”). Y, sin embargo, allí permanecemos, “con alguna *esperanza*”.

Esa *esperanza* de “que-sea” nos hace más concientes de que sufrimos. Es más: de alguna forma “hace al sufrimiento”. He aquí la *paradoja*, el punto crucial donde existencialmente nos lanzamos a la realización personal o nos hundimos. Hay otra posibilidad, como querer permanecer en equilibrio: se trata de un punto medio (medianía, pasividad, chatura, etc) que en realidad nos hunde más que en el caso de la opción mal hecha.

La primera opción es la “esperanza”; no nos empuja, sino que nos “jala” (como ese sentimiento interno que mueve indescifrablemente nuestro corazón a la operación: el *ya-pero-todavía-no*); es una “opción fundamental”; por más eficiente que sea para la realización de nuestra existencia, se trata de una causa movilizadora desde una “finalidad”, por más que no la tengamos claramente definida. Por eso, cuando una causa de sufrimiento o el sufrimiento mismo diseñan en nuestros corazones y tejen en nuestras mentes toda clase de argumentos que nos terminan por amargar y nos encierran en pensamientos que, lejos de mostrarnos una salida nos sellan las posible, lo más sano es evitar conjeturar y buscar de inmediato ese tránsito -al que quisiéramos encontrarle un rostro más claro, pero no es así- que es la *esperanza*, porque nos lleva al final de un camino que trasciende los sinsabores, las pasiones ocultas, los rencores y enojos, las especulaciones fáciles, los humanos ahogos de las situaciones que no tienen aparentemente ningún sentido.

La *esperanza* convive con el dolor y desde ella se puede desvelarle el sentido que entraña. El dolor causa sufrimiento en cuanto y en la medida en que tomamos conciencia del mismo (no solo tenemos un dolor, sino que, además, lo padecemos con conciencia). El sufrimiento es algo así como el dolor de la mano de la esperanza; pero, cuando la esperanza comienza a flaquear y se siente más vulnerada, el sufrimiento -que

sería algo más bien moral- se torna en “dolor”. El dolor causa sufrimiento; el sufrimiento puede convertirse en dolor. ¿De qué manera tanta gente se sostiene? Porque han percibido a la *esperanza*, se hicieron cargo de ella (porque supone paciencia y una conciencia de tener que aún seguir soportando sin saber cuánto tiempo más ni su intensidad), y la han podido encarnar. En tal sentido, la esperanza es como un valor agregado al sufrimiento: lo hace más conciente, lo aumenta; pero al mismo tiempo da fuerzas si se sabe y se anima a aceptarla con sus condicionamientos que no son simples. La *esperanza* jala desde “fuera”, desde el futuro, pero, como un antídoto se mete en la carne de nuestra existencia y sus determinismos para aconsejar y empujar con fuerza. ¿De qué otra forma alguien que sufre y espera durante situaciones extremas en tiempo e intensidad logran traspasar la frontera de lo que parece inhumano? Increíblemente, cuando “no se da más”, algo se manifiesta, se muestra.

Vuelvo al binomio del sufrimiento: algo nos quiere “enseñar”, en cuanto que se nos pretende manifestar, y algo nos quiere “enseñar”, en cuanto dimensión pedagógica. Sobre este punto nos detendremos en la tercer y cuarta reflexión.

Hablamos, pues, de un “futuro significativo”, que es lo que nos sostiene en la noche oscura, durante todo nuestro existir en tensión; lo que nos hace esperar contra toda esperanza; lo que nos mantiene encendidos en el destierro, y, en medio del agotamiento se escucha como esa voz que nos dice: “*Bueno, voy a esperar un poquito más... a ver que pasa*”; y de esta forma vamos yendo para adelante. “*Mañana me voy a despertar y me voy a levantar*”.

Algo más quisiera decir antes de desarrollar todas estas ideas: el dolor, como el sufrimiento, por más esperanza que tengamos, como todo sacrificio, puede producir un *daño*, aunque no necesariamente. Por otro lado, cabría juzgar si el daño producido es necesariamente malo, o si se trata de algo que, aunque malo, nos acarrea bienes y crecimiento. Cuántas veces como padres o maestros, o médicos o terapeutas permitimos ciertos daños (a los que en determinados casos llamamos, comúnmente, males menores), como situaciones que consideramos que deben ser pasadas, porque de allí se siguen enseñanzas y hasta sanaciones más profundas y definitivas; y cuántas veces sentimos deseos naturales de evitarles malos momentos, pero en el fondo sabemos que así no los dejamos crecer ni hacer su experiencia... cortar su cordón umbilical. Y, como decíamos, no necesariamente un sufrimiento produce “daño”: a menudo nos dicen verdades que duelen; en el fondo de nuestra alma nos hacen sufrir; pero de ningún

modo nos dañan (quizá hieran nuestro orgullo, pero no nos hacen mal); por el contrario, nos benefician, nos curan y hacen humildes.

Y si sabemos que del sufrimiento devienen tanto sabios como amargos resentidos, simplemente sustraigámosle al sufrimiento su dimensión de esperanza y vamos a poder advertir porqué uno puede terminar peleado con la vida y destruir relaciones interpersonales, porque es cuando, entonces, ni se es feliz ni se deja ser feliz a los demás. No erraríamos afirmando que no son ni el dolor ni el sufrimiento lo que en definitiva nos dañan, sino nuestra actitud ante ellos. Dolor y sufrimiento actuarían más bien como “disparadores” de nuestras posturas y actitudes; son la posibilidad de hacernos *virtuosos* o *resecos*.

Que nuestro corazón pueda vislumbrar su enseñanza: lo que nos pretende *manifestar* y la sabiduría que anhela inculcarnos. Para ambos casos no podemos perder de vista la dimensión de *esperanza* que entraña el sufrimiento y de qué manera podemos trabajarlo. Si la esperanza no atravesase toda nuestra existencia informando nuestro ser, no perseguiríamos el sentido último de la misma. En cambio, por medio de ella, los momentos dramáticos adquieren significado y pueden ser asumidos.

La verdadera tragedia se da cuando no se vive con *esperanza*.

Desesperanza y muertes existenciales.

Quisiera referirme a las muertes por las que debemos pasar a lo largo de nuestras vidas. Hay sin dudas una analogía con nuestra última muerte, la definitiva. Para los que creemos que la vida no se interrumpe con el último suspiro, esta muerte definitiva nos puede depositar en otra vida, y, por tanto, no es tan definitiva. Ese mismo sentido que le otorgamos a nuestra muerte es el que podemos aplicar a las mil muertes que a lo largo de nuestra existencia nos toca experimentar de tantas maneras diferentes.

Quizá, de acuerdo a lugar desde donde observemos la cosa, es decir, si parados desde estas muertes existenciales miramos la última y definitiva, o bien, desde esta última miramos las experimentadas durante nuestra travesía existencial, podríamos decir que a lo largo de nuestra vida podemos prepararnos para el último momento con un sentido que nos ayudará al momento de enfrentarnos a los postreros fantasmas, o bien,

que el sentido que llevamos con nosotros en torno a la muerte y sus significados le otorgan, asimismo, un sentido a esos tramos conflictivos que, de acuerdo a como los atravesemos, elaboremos y resolvamos, nuestra existencia en su totalidad remontará hacia un lado o hacia otro.

Quitemos ahora ese *último sentido* conferido por los creyentes, suponiendo que en este último momento proyectamos analógicamente las esperanzas e ilusiones que nos sostienen significativamente en cada trance difícil de nuestra vida, pero haciendo que ese mismo significado que nos ha ido sosteniendo sea trascendente a través de un salto sublime hasta el infinito: entonces nos quedan las mil muertes con un sentido que las atraviesa. Para nuestra vida, creyente como no creyente en una vida después de la muerte, indagar en este *sentido* se torna vital, porque de él depende nuestra personal realización y felicidad. De cualquiera de las formas, asumiendo esta indagatoria para que nuestra existencia se desarrolle significativamente, sin distorsionarse ni corromperse, también nos preparamos para aceptar -de alguna manera- y enfrentar nuestro final también significativamente.

En todos los casos la muerte está precedida de una agonía. Es más, lo que duele es la agonía; esto es tan así que a lo largo de ella, cansados por su duración e intensidad, deseamos la muerte.

O bien, asumimos la agonía pero sin aceptarla, con lo cual nos hacemos resentidos y amargados.

O bien, desde la percepción de lo que probablemente tengamos que asumir si nos hiciéramos cargo de la realidad con sus exigencias para nuestra propia vida, elegimos evasiones: no nos gustan los sacrificios; no nos agrada la ley natural por la que una semilla para ser fecunda tiene que caer de donde está, sentir el barro y morir; entonces sucumbimos ante compromisos evidentes y responsabilidades, bajo pretexto de ser merecedores de una vida feliz o placentera, para poder elegir como adolescentes caprichosos felicidades a nuestra medida, diferentes a los que nuestra propia existencia nos tenía preparados, porque no le creemos a la vida misma, no confiamos en ella, como no confiamos en que nos vaya a mostrar y entregar los frutos de nuestros dolores y afanes. Vale decir, someter a la vida a nuestros deseos torciéndola, en lugar de ubicarnos en su camino y realización; no elegir bien haciendo un mal uso de la propia libertad, y pretender construir la propia existencia transitando un camino que nos lleva a dolores

mucho más grandes, sin sentido y, las más de las veces -de no mediar humildad- sin retorno.

En síntesis, la orientación con la que nos manejamos durante nuestras agonías puede llevarnos a continuar firmes aunque sintamos que nuestras fuerzas están absolutamente agotadas, o bien, conducimos a una amplísima gama de formas de suicidio, de matarnos en vida, bajo el signo de una vida con significación aunque destructiva, o sin ningún tipo de sentido, por el que cada acto nos hunde aún más en el sinsentido.

Así consideradas muerte y agonía, podemos entender que no toda agonía nos lleva a la muerte. Tal vez de primera suene estúpido decir esto; sin embargo, uno muere como vive y como atraviesa el momento de la agonía con sus significados. Cuántas veces decimos de alguien “*Éste murió como vivió...*”.

Comprendemos entonces quién muere realmente: aquel que no logra -por debilidad, miedo, cobardía, etc- abrazar la agonía propuesta por su existencia, es decir, que no acepta morir la muerte que le va presentando su vida progresivamente, es quien realmente *muere*. En cambio, quien la asume con sus aparentes costos *vive*, y vive contra toda apariencia porque se realiza positivamente. No es sencillo de entender; mejor dicho, no es sencillo de aceptar. Lo que se acepta nos muestra un atajo para el entendimiento, y por aquí pasa el meollo de este asunto que resulta más o menos escandaloso: la *aceptación*. Aceptar el desafío de una agonía que nos azota en el rostro como un guante supone, asimismo, aceptar lo que somos y cómo somos; y al decir “cómo” somos decimos la manera en que realizamos “lo que” somos.

Realizar la propia existencia con el sentido que la vida solicita a cada libertad en particular (la historia de cada individuo, de cada naturaleza individual, en consonancia con la historia y naturaleza totales) es realizar la propia *misión*, ser *auténtico*. Y esto es *coherencia* de vida.

¿Por qué algunos transitan -o intentan transitar- adecuadamente su sentido existencial mientras que otros no, o lo hacen a medias (que es lo mismo que nada)? No siempre el camino es fruto de una opción plena; no todos han nacido dotados de la capacidad de advertir consecuencias y costos de sus elecciones en su totalidad, o la vida no les facilitó las herramientas o perfeccionó sus sentidos para poder percibir resultados y sentidos; también hay quienes nacieron en entornos poco propicios y hasta coartantes o anulatorios física como moralmente.

Sabiendo que de acuerdo a las capacidades y facultades intelectuales como volitivas de cada uno es el grado de responsabilidad y libertad, la felicidad individual se llevará a cabo de modo más pleno y significativo cuanto mayor sea la “sensibilidad”, es decir, la capacidad, profundidad y habilidad de cada cual para captar y comprender los sentidos y alcances tanto de los signos de la vida con sus mensajes como de cada elección. Esto acarrea el costo que implica la coherencia de vida. Dicho costo, efectivamente, lo perciben más honda e inmediatamente unas personas que otras; algunas, inclusive, lo alcanzan con una crudeza que ahuyenta. No es raro encontrarse con gente que dice que la inteligencia y capacidad de entender la realidad lo hace infeliz, que es más fácil ser ignorante porque a uno se le evita el costo de tener que hacerse cargo de las cosas; esta afirmación es saludable mientras no nos quitemos el peso de encima; es saludable porque se trata de una queja ante el peso de la responsabilidad. Pero es más cierto que esto que también se agudiza y profundiza la percepción de la realización de la felicidad que suponen los sacrificios, o que los sacrificios realizados con sentido no caen en un saco roto; y este sentido sólo lo capta gente poseedora de semejante sensibilidad.

REFLEXIÓN SEGUNDA

**“EL ESCÁNDALO DE LA
LIMITABILIDAD Y CONTINGENCIA”**

Reflexión segunda

“El escándalo de la limitabilidad y contingencia”

La pregunta por el sentido del dolor.

El hombre vivencia el mal en sí mismo a partir males concretos que golpean su propia carne como su propia existencia, el padecimiento en sí y en aquellos que ama. Tal experiencia implica un quiebre en la aprehensión del sentido de la vida, de su historia, del mundo, porque tal sentido es golpeado.

Transitamos por la vida buscando que ésta tenga significación; la vida misma es una constante pregunta, porque si nos quedamos en meras respuestas alcanzadas y no seguimos avanzando y preguntando, nos quedamos haciéndonos mediocres. Ahora bien, cuando una experiencia se nos aparece atravesada, como es la “experiencia del mal”, vivenciamos la perplejidad en nuestro interior. Efectivamente, el mal nos sacude desde las raíces chocando de frente nuestra lógica y sentido común. Alguna forma de angustia conmueve los cimientos de nuestro ser.

Propiamente, en sí, *dolor* y *sufrimiento* no existen; es decir, no existen sin un ser que lo padezca. Puede ser considerado “en-sí-mismo” desde quien lo padece; puede ser tratado como algo objetivo pero a partir de la experiencia que de uno mismo se tiene, pero porque lo que en realidad se experimenta es un “mal”. Inclusive, tal como lo iremos viendo y reflexionando, el sufrimiento es vivido como un *mal* sin serlo necesariamente: mucho más a menudo de lo que imaginamos, un golpe en la vida resulta verdaderamente saludable, como si se tratara de una maniobra de resucitación, o como el chirlo dado a un neonato, o el cachetazo que nos despierta o saca del ensimismamiento destructivo.

No sirve de nada preguntarse por el sentido del sufrimiento si no media una búsqueda de *esperanza* o una enseñanza. Existen los que buscan significados revolcándose en él, como necesitando alimentar el veneno que destilan. Pero estamos aquí ante una patología, y no es ciertamente la generalidad. El dolor ni bien hace su aparición ante cada uno, inevitablemente surge la pregunta por su sentido. Aún para aquellos que lo toman como algo inevitable y que es perder el tiempo detenerse a considerar *por qué* o *para qué*, hombres y mujeres que “encaran la vida siempre para adelante, y no hay que detenerse por cuestiones de las que nada en limpio se puede sacar”, la vida misma es un desafío, y, como tal, ya supone un sacrificio con cuestionamientos e incertidumbres que molestan, es decir, que hace sufrir. Pero, aún prescindiendo de este contenido de la vida, a este tipo de personas tarde o temprano alguna situación que viene a contramano de sus planes los golpea... y hace *sufrir*.

Sufrimiento: ¿predestinación?

¿Por qué algunas personas tienen que padecer tanta desgracia y pena? ¿Por qué, por el contrario, otros tienen tanto “bienestar”? ¿Está el hombre señalado de antemano para sufrir o gozar, o en el barajar de la vida tuvimos la mala suerte de cortar el mazo equivocadamente? El sufrimiento conlleva una pedagogía, pero se trata de una pedagogía que nada tiene que ver con una concepción sádica de la enseñanza, sino que brota de la sabiduría de la vida que nos hace sabios como parte de la vida misma. Pero existen, asimismo, otras culturas en las que la desgracia era signo de la maldición de los dioses, y que, inclusive, marcan un destino trágico preestablecido de antemano. Recordemos que en Esparta, ciudad estado de la antigua Grecia, ejemplo de cultura y civilización, mataba a sus hijos nacidos con algún tipo de deformidad.

El calvinismo también sustenta su doctrina en la predestinación, y muchas religiones hoy comparten de algún modo este modo de ver la vida, de alguna forma, para justificar diferencias injustificables o para evitar cuestionamientos que impactan en lo más profundo de nuestra humanidad.

Las “justificaciones” (muestras de la inseguridad y fracaso humanos) toman forma en ideologías, determinadas formas de vivir la religión, filosofías egoístas de vida, etc. ¿Cuánta gente existe insensible ante la necesidad del que sufre, o que siente

lástima sin preguntarse más nada, simplemente “porque esto es inevitable”? ¿Qué digo frente al muchacho que *ensucia* mi parabrisas con el agua que vaya uno a saber de dónde la sacó? ¿Qué fabulo respecto de los ejércitos nocturnos que *saquean* los bolsones de basura, además de aprobar que “conviene discriminar en los bolsones la basura que sirve para comer, de la que sirve para vender, de la que no sirve para nada”? ¿Qué excusas me impongo? De una u otra forma, el problema del mal y del sufrimiento humano -con sus códigos circunstanciales- nos golpea e interroga, y, tarde o temprano, nos exige encontrarles un sentido.

Ante el dolor todos nos paramos en algún momento, con mayor o menor atención. Pero todos lo cuestionamos. Algunos -como los que más arriba mencionamos- preferirán esquivarlo; otros, en cuanto aparece, buscarán los medios para su anestesia; también están quienes, también como una manera de eludir su significación, hacen del sufrimiento un “culto” de muy variadas formas como veremos; están también los que gozan sufriendo o haciendo sufrir (masoquismo y sadismo). Es muy común bajar los brazos frente a su inevitabilidad, adoptar una postura de *pasivismo*: “que venga lo que venga y que sea lo que Dios quiera...” Finalmente, están aquellos -que no faltan- que de un algún modo se burlan de él en quienes lo padecen, porque, en realidad, le temen. Y le temen por dos razones: porque nadie quiere sufrir, y porque el rostro del sufrimiento nos recuerda que no somos todopoderosos; es decir, se trata de un misterioso poder imposible de manejar y que es preferible desdeñarlo.

Anestesiarse, narcotizarse, huir, desvalorizarse (desacreditarse), sobredimensionarse, no luchar: en todos los casos subyace superficialidad y pereza, que son maneras de no afrontar la vida, de no encontrarle un sentido, o bien, buscarle un sentido que no implique demasiado compromiso y sacrificio, es decir, escuchar de la misma boca de la vida que es lo que ella nos pide, qué necesita de nosotros, qué costos genuinos nos exige.

Tras las huellas genuinas.

Para buscar y hallar los verdaderos mensajes tenemos, como primera medida, que tener una *actitud de vida*, una orientación que nos ponga en el camino correcto. Uno puede decir: “sí, pero cualquier ocasión de dolor o sufrimiento aparece de repente

sin que nadie la llame, y, como aparece de repente, uno no está preparado; por lo tanto, cualquier receta no deja de ser mera especulación”. Cualquier golpe que nos llega generalmente nos toma desprevenidos; nadie dice que buscar y hallar sentido nos va a llevar a relativizar el padecimiento; precisamente es todo lo contrario, porque una postura así le quitaría precisamente sentido. Pararse bien, con dignidad, ante el sufrimiento o su ocasión, significa hacerse cargo del mismo con toda su crudeza, sin superficialidad, dispuesto a aceptar sus exigencias en su totalidad sin ningún tipo de escabullimiento. Esta postura frente a la vida es lo que se llama *aceptación*. “Aceptación” es bien distinto a “resignación”, y supone otra actitud importante -que es previa pero que también se la conquista-, que en el lenguaje de la espiritualidad ignaciana se llama *indiferencia*. Y, como reflexionaremos luego, esta *indiferencia* es un estado interior, que no significa “me da lo mismo”. Una vez alcanzada la *aceptación*, como un estado activo, no pasivo, el significado del sufrimiento comienza a manifestarse cada vez con mayor claridad; cada comprensión conquistada nos indica el camino a la siguiente, y así sucesivamente.

El sufrimiento mismo es fuente de sabiduría. Pero detrás de él, después de él, viene un triunfo, que seguramente no podemos saber de qué se trata; solamente poseer la certeza de que en una instancia posterior las lágrimas son enjugadas y el afligido se hallará de pie en un tiempo y espacio desde donde observará qué razón de ser tuvo la tribulación. Es el tiempo de la consolación, y, en esto precisamente consiste la *esperanza*. Es el logro infinitamente superior, la alegría misma, el momento del alumbramiento en el que se desvela lo que nos estaba escondido.

Sí; el *sufrimiento* es bueno (no si es innecesario), y hay que bendecirlo. Los hombres somos miedosos porque no nos atrevemos a mirar más arriba y “más allá”, y nos enceguecemos aturdidos con los embates producidos por lo que está “más acá”. Pero no sólo hay que mirar su positividad desde la esperanza del fruto que sigue a su pasión; en sí mismo entraña fecundidad y sabiduría, así como la salvación de los males que son verdaderamente tales. Ambas visiones, la del triunfo de la esperanza y la sabiduría que entraña, son el objeto de nuestra consideración esperando que nos ayude a contemplar la vida de otra manera, provocando en nuestro corazón sentimientos de humilde agradecimiento. Tarea que parece absurda.

Primeras aproximaciones.

¿Qué es el sufrimiento? ¿En qué consiste? Es un sentimiento que resiste a la división o corrupción”, decía Agustín de Hipona¹, queriendo expresar la conmoción que experimenta el ser humano cuando algo no está en su lugar, lo cual produce un desgarró, o bien, afecta el buen ser de la misma existencia (por ejemplo, desubicando, lastimando o pudriendo lo que está sano). Todo esto iremos desentrañando con el correr de las páginas. Pero, en definitiva, significa el sufrimiento un espacio y momento de inflexión, el cual, si soy capaz de atender bien y atisbar su mensaje, posee un significado para la vida. En tal sentido, es la ocasión propicia para que el hombre saque de sí lo mejor o que desentrañe lo peor y más venenoso; en otras palabras, es la posibilidad tanto para dar a conocer su grandeza como lo que tiene de más abyecto y miserable.

Es, asimismo, el momento de criba interior y de la posibilidad de templar el espíritu y purificar la mirada del alma. Atreverse a atravesar el desafío que el sufrimiento nos lanza en el rostro conlleva un plus beneficioso: un “aprendizaje” difícil de explicar, como de entender si no se lo ha asumido con dignidad. El sufrimiento madura al ser humano; la aceptación ilógica de lo inexplicable enseña. Enseña como nada ni nadie en el mundo puede hacerlo.

¿Qué es, concretamente, un mal? Males concretos son las enfermedades, las calamidades repentinas como las previsibles, las penas de índole psicológico -como las angustias, los sentimientos de vacío, los sinsentidos, las depresiones, etc.). Pero existen, también vivenciados en distintos niveles de profundidad y según grados de conciencia, males percibidos exclusivamente en el terreno espiritual. La dimensión espiritual es tan profunda y está tan más allá del campo de lo constatable mediante instrumental o técnicas científicas, es tan difícil de explicar, que no acostumbramos ponerle la atención que en realidad merece; depende mucho, en cambio, de la serenidad que deseemos invertir en hacerlo, y del intento de superar la ansiedad típica de aquellas inquietudes nuestras que pretenden respuestas ya.

1 Agustín de Hipona, *De libero arbitrio*, III, 23, 69.

Que el hombre es un ser *espiritual* lo reconoce la mayoría de las antropologías filosóficas; lo hacen inclusive muchos agnósticos; pero no todos le conceden a esta dimensión humana la importancia que en realidad tiene. En el espíritu se vivencian experiencias muy profundas como desolación, tristezas espirituales, sentimientos de impotencia que no podemos terminar de precisar, pruebas existenciales que conducen al abandono de sentido, etc. Todo esto es vivido en un plano de lucha interior que no todo el mundo aceptará ni reconocerá, y que en realidad son vividos más profundamente que en niveles meramente psicológicos (y en donde sí, en cambio, repercutirán).

Para muchos especialistas del ambiente psicoanalítico, en la imagen de lucha interior el hombre y la mujer proyectan la lucha cotidiana en la que se debaten continuamente. No son pocos los que desde un casillero ciertamente reduccionista analizan determinadas conductas y actitudes catalogándolas, finalmente, de “paranoia”, “esquizofrenia”, “exaltación”, “depresión profunda”, etc. No podemos tampoco cerrarlos y negar la existencia de *correlatos* entre ambos planos (el *psicológico* y el *espiritual*); de suyo, el hombre es una *unidad*, y lo que en un plano acontece repercute en el otro, y es *todo* el hombre el que lo vive. La psiquis responderá de determinada forma frente a lo que ocurra a nivel físico, y viceversa; y el espíritu (como la psiquis) hará también su elaboración. Determinados padecimientos espirituales (como una experiencia de exilio o abandono) exigen una elaboración muy paciente y madura para encontrarles resolución; la psiquis puede rayar la locura, el cuerpo fatigarse, enfermarse, etc.

Así, podemos hablar de tres niveles: el corporal, el psíquico y el espiritual; no sería lo correcto hablar de niveles de profundidad para caracterizarlos, porque los tres van juntos; pero sí se requiere de mayor esfuerzo para la consideración de cada uno, de una disposición y actitud cada vez menos superficial y ansiosa. Ni *fisicista*, ni *psicologista* ni *espiritualista*. Ninguna posición se puede arrogar la omnipotencia de tener la respuesta a la verdad acerca hombre y sus problemas, entre los cuales -quizá en primer lugar- está el del *sufrimiento*. En cuanto se rechaza o niega la propuesta de otro nivel, desaparece la humildad, y -sin humildad- es imposible cualquier aprendizaje. Entonces, por este camino, jamás podremos saber nada. Intentamos ahora indagar la vivencia del mal en el plano espiritual, pero de modo que la consideración alcance lo demás niveles.

Importancia de la aceptación.

El dolor está de nuestro lado, es parte de la vida y su ciclo, y nos indica que algo no está en su sitio, que no anda bien y debe ser curado, ¡o no!. La curación o depuración misma es dolorosa. Cuando algo no está en el sitio en el que debiera encontrarse debe ser reacomodado, pero hay que permitir que se trabaje sobre la zona afectada, y, para eso, hay primero que aceptar que una parte debe ser curada.

Puede también que determinada afección no tenga cura, y, sin embargo, haber un individuo logrado felicidad, porque a su padecimiento le encontró un significado. Y es que aquí, como en el caso anterior -donde sí hay “cura”- se vivencia otra dimensión dolorosa, más interior y profunda, porque compromete lo psicológico, lo afectivo, lo emocional... compromete al espíritu todo: es lo que propiamente se llama *sufrimiento*.

Al sufrimiento se le puede encontrar una razón, un origen. Pero hallarle razón u origen no es lo mismo que hallarle significación, *sentido*, que transforma el padecimiento en un camino que es llevadero, y en algunos casos hasta paradójicamente gozoso.

A veces uno se encuentra con ese tipo de personas que han sido víctimas de golpes fuertísimos y malas jugadas de las que suele regalarnos la vida; algunos de esos golpes son agudísimos, como para que uno no se levante jamás. Y, sin embargo, esas personas muestran un rostro luminoso, transmiten serenidad con su mirada... están viendo “más allá”, y a uno lo hacen sentir “demasiado acá”. Esto, tan contrastante con los espíritus resentidos (y de lo cual ya analizaremos), nos está enseñando algo que *subyace* al dolor mismo, una sabiduría descubierta como quien hubiera hallado una fuente de agua refrescante y cristalina en medio de un desierto insoportable a simple vista. ¡Si tan solo pudiésemos beber un sorbito de esa agua! Atinaríamos a buscar en el propio desierto un camino que nos conduzca a esa fuente que, en realidad, todos tenemos.

Ese sentido subyacente... También me pregunto a menudo sobre la fuerza de tantos mártires que se dirigían gozosos a su muerte: ¿qué los moviliza? La respuesta es la misma. Sí, es cierto, tiene una “razón”, por la cual morir como luchar. Pero “razón” moviliza desde el entendimiento; puedo comprender desde lo intelectual. Razón se convierte en “sentido” cuando ha logrado involucrar la voluntad, comprometiendo

todo el ser, toda la existencia, toda la vida de uno; se alcanza una instancia superadora de toda duda, de todo conflicto, un sentido que va hasta más allá de lo que significa la propia vida. Y esto va, asimismo, más allá que cualquier ideología que también pueda movilizar al ser humano a una lucha; porque es aún más profundo. No resulta fácil comprender a fondo el gesto de Sócrates al momento de su muerte; parece mucho más hondo que la mera convicción o el ejemplo para sus seguidores. Asumir lo escandaloso tiene dos lecturas: la de la estupidez o locura, o la de la verdad de los que verdaderamente la buscan.

Asumir lo escandaloso es aceptar la verdad².

Otros alcances dolorosos del *dolor*.

Lo que angustia al ser humano es la pregunta existencial –antes que recional– sobre el “para qué” sufrir. Hoy tengo una enfermedad que me lastima, un drama que me angustia. Ése, simplemente, y no otro es el origen. Sin embargo, el sufrimiento es algo mucho más profundo, es el sentimiento que me queda y experimento. Es la “humillación” del sinsentido que me trae como primer mensaje. ¿Por qué sufro? Porque padezco algún mal. ¿Para qué sufro? Esa es la pregunta que viene de lo más hondo porque, además del padecimiento propio del mal vienen al alma otros sinsabores y molestias que nos cuestionan y angustian.

Un niño que padece de enuresis. ¿Qué padece? ¿que se hace pichí en la cama por las noches? El origen de su padecimiento es un mal; se le han hecho estudios, muchos de ellos muy molestos y dolorosos, y se le diagnostica un problema de insuficiencia renal. Evidentemente su dolor es de otro tipo, y el origen es una falla orgánica. Podría perfectamente haber sido de tipo psicológico, y, en tal caso, él tampoco hubiera tenido culpa alguna. Sin embargo no es éste el caso, y este niño tuvo que cargar con interpretaciones de todo tipo que justificaran su enuresis (¿por qué tendremos los hombres esa maldita costumbre de indagar razones donde no nos compete y que nadie nos pide?; ¿dónde nace esa necesidad automática de analizar a otros como bichitos en

² Cfr. Reflexión n° 12.

un tubo de ensayos?). Esto ya es de por sí doloroso, pero no deja de ser superficial. Lo que este niño sufre es la humillación de amanecer mojado todas las mañanas, de ver a su mamá lavar sus sábanas sistemáticamente todos los días, que su hermanito más chiquito ya ha dejado sus pañales, de no poder participar normalmente de campamentos ni pijama-partys, de vez en cuando un reto de sus padres surgidos también de su impotencia; y, sobre todo, la pregunta impotente “hasta cuándo”. Él se pregunta “por qué”; pero ese “por qué” no indaga en el origen de su padecimiento (como lo haría un pediatra o un psicólogo... o sus propio padres u opinólogos ocasionales) sino en “qué *sentido*” tiene semejante padecimiento, ¿para qué? *¿Qué hice para merecer esto?*

Escuché en una conferencia al Dr. Francisco Maglio explicar, a propósito de cualquier padecimiento, que una adolescente que tiene acné no padece de acné: *“¡No!, ¡padece la humillación de no verse linda, de que los demás reparen en su aspecto doloroso!”*.

Un enfermo postrado “padece” mucho más que un cáncer, o sida, o lo que fuere; sufre la dependencia, su manipulación física y moral, su vapuleo... las “interpretaciones” a las que nos referíamos antes; siente que no es comprendido. Y es verdad, no es comprendido; su calvario interior no puede ser “aprehendido”, porque es de él. De a ratos va podrá estar convencido de que puede salir por sí solo adelante, por más buena voluntad y humildad que tenga, y, o se dará contra la pared de la realidad o se fabricará quimeras que generarán más lástima entre sus familiares y conocidos, y que él, sensible, percibirá bien y lo pondrá peor.

Un accidente (inesperado, por cierto) de tránsito, laboral. De repente, la orientación de la vida cambia. El origen del dolor es inequívoco. Pero... *“¿Por qué esto... qué será a partir de ahora de mí...?”*. En realidad anda buceando por la existencia una respuesta que lo satisfaga, un significado para ésta nueva situación; se está preguntando “para qué”.

La pregunta de una madre o de un padre que prefieren sufrir ellos a que lo hagan sus hijos. Las humillaciones que a diario recibimos gratuitamente por parte de la vida.

¿Hasta cuándo? ¿Para qué?

El misterio hay que indagarlo por otro camino. Quizá, a partir de lo mismo que

decíamos antes respecto de aquella sabiduría subyacente, podamos tener la esperanza de que en el mismo veneno esté la cura, la salvación, el milagro. El punto de partida está en la aceptación, no exactamente en la resignación. Se “acepta” el origen del mal y que *me tocó a mí*; a partir de allí puedo elaborar el sufrimiento, ese padecimiento menos superficial que la evidencia inmediata de la causa, como también puedo elaborar los alcances más profundos con sus mensajes que nos pueden cambiar la mirada, no sólo de la propia vida, sino, además, de toda la existencia a partir de unos nuevos ojos. La resignación, en cambio, suele ser ese agachar la cabeza, rendido o perezoso, que conduce al hombre al escepticismo primero y al nihilismo después, produciéndole la ponzoña del resentimiento.

Quizá el problema esté en por dónde empezar, porque el deseo está. Ahondemos en el tema del sufrimiento, sus significados y alcances; intentemos luego encontrar puertas que nos abran a nuevos espacios de sentidos. Abrirla es un trabajo personal, que nadie más que uno mismo puede llevar a cabo.

El sufrimiento es de uno, y con la receta debe también toparse cada uno. Allí comienza en realidad el camino del gozo.

Ya comenzamos a indagar en lo que es “dolor” y en lo que es “sufrimiento”. No está de más indagar un poco en los límites y alcances de ambos, cómo han sido considerados y tomados a lo largo de la historia, porque las preguntas que nos planteamos son -literalmente- viejas como la injusticia.

Significado del sufrimiento como “mal”.

Sufrimiento supone la vivencia de la realidad de un mal desde el interior de cada ser humano. Un determinado mal puede convertirse en expresión de un mal mucho más profundo. ¿Nunca experimentamos el *mal*?

Si alguien nos preguntara *qué es el mal* nos costaría no poco responder; ¡significa tantas cosas! Una enfermedad es un mal; un fracaso es -al menos en apariencia- un mal; algo roto puede ser un mal; la injusticia es un mal; la miseria es un mal... Mal se aplica a un montón de realidades. A menudo entramos en ambientes o vivimos situaciones en las que “respiramos” el mal; hay gente con gran capacidad para hacer el

mal, y que disfruta generándolo. El dolor es un mal; el sufrimiento es un mal. ¿El sufrimiento es un mal? Depende; sigamos con el tema del mal, porque una vez definido vamos a poder considerar esta piedra que llevamos en el zapato. Es cierto que el sufrimiento es una realidad que nos golpea y cuestiona por lo “absurdo”, pero es igualmente cierto que si existiese una cantidad de mundos de acuerdo a lo que cada uno imagina como “ideal”, habrían tantos mundos como seres humanos han habido en la historia.

El mal puede ser considerado como una realidad en sí misma; así, por ejemplo decimos “esto es el mal mismo”, como también “el mal se encarnó aquí. Como si se tratara de “algo” con densidad, con realidad propia. También podemos decir que algo es malo; en este caso, el mal es algo que se realiza, que se lleva a cabo; algo (o alguien) que no era malo se torna malo. También podemos hablar de malo al considerar la propiedad o característica de algo (esto -o esta persona- es “malo”). En estos tres casos se aplica el concepto como sustantivo, adjetivo sustantivado, o como adjetivo respectivamente. Ahora bien, cuando hay que profundizar en el problema del mal, en su realidad misma o su origen, algunos pensadores lo refieren a una cuestión metafísica o bien moral, o ambas; es decir, algunos lo ven como una *realidad* o como un *valor*, o como ambas al mismo tiempo.

Cuando se trata de males que son *físicos* o *morales* muchos los presentan como expresiones o manifestaciones sensibles de lo que es *mal metafísico*, y que subyace a dichas expresiones sensibles (sensibles porque se trata de lo percibido sea por los sentidos externos como por los internos). Como veíamos más arriba, se dice “metafísico” por cuanto se trata al mal como una realidad en sí misma, o bien como parte integrante de la realidad tomada como un todo. Como sea, el mal aquí estaría tomado como “algo” *existente* independientemente de la consideración de la mente de cada persona, es decir, no es obra de la subjetividad de cada cual o un modo de llamar a lo que nos viene a contramano y lo vemos como enemigo.

Mal “moral” y mal “vividamente moralmente”.

Una distinción de este tipo nos permite no mezclar las cosas; “mal moral” es el que ocasionamos cuando obramos moralmente mal, cuando nos adherimos al *bien* o al *mal*, los posibilitamos, favorecemos (de hecho o mirando para otro lado) o realizamos.

El mal “moralmente vivido” es la vivencia misma del mal, ya sea a través de un mal determinado como de *el mal mismo*; existen frecuentemente determinados grados de experiencia del mal como también de conciencia, que hacen que se perciba la esencia misma del mal. El ser humano puede vivir una situación mala generada en su propia conducta como en la de otro. Cuando se *sufre* las consecuencias de decisiones ajenas el padecimiento es *injusto*, lo que agudiza aún más al sufrimiento.

A la experiencia del mal le encontramos ascendiente tanto en una dimensión moral como ontológica, tal como describíamos antes. Las cosas buenas como las malas son expresiones de realidades más hondas e invisibles que nos remiten al *bien* y al *mal* como realidades ónticas, como también -si pudiéramos seguir hacia atrás, cronológicamente, la concatenación de hechos que se suceden- al *bien* y al *mal* que originan situaciones buenas o malas. Ahora bien, ¿podemos afirmar que en el “mal moral” está el origen del sufrimiento? Ya vimos que para muchos sí, para otros no. No es sencillo definirlo. A menudo sí, mejor dicho, el “mal moral” siempre origina sufrimiento; pero no siempre que se sufre es a causa de un “mal moral”. Y digo que no es sencillo responderlo porque, si bien el origen del sufrimiento no es necesariamente un mal moral, nuestra limitabilidad, en cierta forma, sí tiene un origen moral. No es fácil considerar y menos aceptar que nuestra dificultad para comprender la realidad tal cual es se debe a nuestro desorden, un desorden de operaciones, afectos, de emociones no del todo manejables; un desorden moral que termina siendo verdaderamente ontológico. Hablamos que determinado sufrimiento no se origina en un acto o situación moralmente malos, tal vez su principio sea una enfermedad o una calamidad. *Se sufre* el quiebre del sentido de la realidad que se experimenta, el “sinsentido”, sin comprenderlo; como decíamos antes, *se sufre* lo “injusto”, lo que “quiebra” el sentido de realidad que mi ser puede percibir y aceptar; si el mal no existiese de antemano -al menos como realidad óntica- seguramente podríamos vivir el dolor de otra forma, como “más natural y lógicamente”, como una parte de la realidad que nos involucra y compete. El “quiebre de sentido” no lo sentiríamos, y no necesitaríamos ni siquiera aceptarlo porque no nos comprometería ninguna disyuntiva ni paradoja.

El paso del tiempo hace su trabajo; las cosas buenas como las malas se asientan en la realidad cristalizándose; el plano cronológico se hace uno con el ontológico. El mal moral desordena a las estructuras sociales y todo el tejido de las relaciones interpersonales de igual manera que desordena al hombre en su propio ser, en donde se asientan y se cocinan sus decisiones y de donde brotan sus conductas; el mal moral

desorienta como el bien orienta positivamente, y la vida es vivida con desorientación, sentimientos de pérdida, de injusticias no siempre concientes, etc. Y, en lo que al entorno del hombre respecta (el entorno social, el cultural, el histórico...) toda la atmósfera se va degenerando a partir de tomas de decisiones erradas; a veces dichas tomas son concientemente mal tomadas, otras sin conciencia; pero el *mal moral* está hecho, no en cuanto a la "intención" (de hacer el *bien* o el *mal*), sino en cuanto a un daño generado independientemente de la intención, pero cuyas consecuencias son padecidas por los demás (esto ocurre, por ejemplo, con decisiones surgidas de la ignorancia). En este caso, *mal moral* es el que se experimenta en el espíritu y que hiere profundamente al ser humano.

Actitudes frente al dolor.

La libertad verdadera que le queda al hombre es la de optar una actitud ante el sufrimiento. Unos se resignan pasivamente y otros aceptan creativamente; unos se retiran vencidos y otros protestan; unos retroceden y otros avanzan; unos se desesperan y a otros los sostiene la esperanza; unos se refugian en el pasado y otros confían en el futuro. Según las decisiones que se tomen o las actitudes que se adopten, se consigue la paz y crecimiento, o estancamiento en un sufrimiento que permanece estéril.

Ante el dolor, la única respuesta posible es la que brinda la pedagogía, es decir, la actitud que desarrollemos ante él. De modo que lo más importante es aceptar la capacidad de sobreponernos al drama que nos toque vivir, depende en gran medida de nosotros, del interés que pongamos en su vivencia; admitir que está en nuestra mano el hecho de irnos educando en aquellos aspectos que nos pueden servir, no para evitarlo, pero sí para descubrir muchas cosas, entre otras, la utilidad que nos conlleva detenerse ante preguntas que no podemos responder y la incógnita que nos presenta nuestra propia existencia.

Contradicciones en el espíritu humano.

El ser humano experimenta en sí sentimientos contrapuestos como el placer y el dolor, la alegría y la tristeza, así como situaciones que le evocan a la vida y a la muerte.

En el devenir de su existencia, vivir ambos tipos de sentimientos, como afrontar sus consecuencias, pueden volverse contradicciones internas que se tornan dramáticas. Estas realidades son parte constitutivas del ser del hombre, constituido a su vez por una misteriosa unidad entre la materia y el espíritu. Dolor y sufrimiento caminan cerca uno del otro; no siempre se tocan; a veces sí, porque el espíritu puede sufrir mientras la carne pasa incólume, como la carne puede ser llaga viva y el alma estar feliz. Suena absurdo, pero no lo es. Lo que sí es *sabiduría*.

Esta compleja síntesis entre materia y espíritu le permite al ser humano pasar del amor al odio con la misma facilidad con la que pasa de la felicidad al desencanto, de la euforia a la depresión, del optimismo al pesimismo, y, entre estas tensiones vividas con mayor o menor profundidad, experimenta su limitabilidad y se debate buscando explicaciones de sentimientos que no puede terminar de manejar.

Como es lógico, jamás el hombre se sintió motivado a buscar respuestas por las inquietudes surgidas de sentimientos positivos del mismo modo como lo hace, en cambio, a partir de experiencias que considera negativas porque lo arrancan de su vivir tranquilo, porque la tendencia natural es a la felicidad. El dolor y la muerte, en cambio, provocan naturalmente rechazo, e -inevitablemente- no llevan a preguntar con qué sentido sufrimos, o para que vivimos si al final del camino nos espera la oscuridad de la muerte. La sombra que se vislumbra del otro lado de ese límite que es la muerte, se proyecta hacia nuestro presente y nos inspira miedo. Y si no queremos mirar más allá del límite, al menos sí experimentaremos todo aquello que nos muestra nuestros propios límites en aquello que no podemos enfrentar porque nos supera... ¡por más poderosos que nos sintamos! Y allí donde el hombre topa con su límite deviene el sentimiento de frustración, el descorazonamiento.

Son éstas sombras que se abaten sobre nuestro entendimiento, pretendiendo embotar también nuestra voluntad. Y, desafortunadamente, cuando las nubes de sombra nos cubren difícilmente miremos al sol, y, si realmente queremos hacerlo, en ésta situación bien pronto nos cansamos de hacerlo. Porque sin *paciencia* (que es una virtud) jamás podremos encontrarles al sufrimiento algún valor o un sentido... mucho menos una luz que nos ilumine desde la *esperanza*. Pero el sufrimiento como la muerte tienen sentido y valor, tanto más grandes cuanto más penetramos en su misterio.

Para comprender mejor la cuestión del sufrimiento, tenemos que diferenciarlo claramente del dolor, por más asociados que estén. En la cuestión del sufrimiento se da un punto interesante de conexión entre los elementos que hacen síntesis en el ser humano: el espíritu y la materia. Sería un tema para profundizar o debatir horas enteras, y, seguramente, no se pondrían de acuerdo biólogos, científicos, ni espiritualistas, o un agnóstico con un creyente. Un animal, de hecho, también sufre; ¿acaso no volvimos alguna vez de vacaciones y nos encontramos nuestro perro con depresión o somatizando? Alguno tomará la comparación como estúpida. Pero sí, los animales también sufren, como puede sufrir todo existente dentro de la escala evolutiva. Y, precisamente de acuerdo a la escala evolutiva, se podría afirmar que se puede sufrir más o menos de acuerdo al grado de desarrollo. Así sería, en efecto, la aseveración de un científico que reduzca toda la existencia y sus componentes al mero hecho evolutivo y sus juegos de fuerzas. Pero el *hombre* es más que materia, o que materia más principio vital (más o menos evolucionado); el *hombre* posee espíritu, que consiste en algo más que una elevada *conciencia refleja* (que es lo que hace que tenga “conciencia” de que tiene algo que le hace doler o que está sufriendo). En otras palabras: el ser humano sufre -igual que puede hacerlo otro viviente-, pero, además, “sabe que sufre”. Y, porque tiene conciencia de su sufrimiento, puede observarlo, analizarlo, sentirlo, elaborarlo y trabajarlo, otorgándole una razón de ser y toda una trascendencia como ningún otro ser en el mundo puede hacerlo. Es precisamente el sufrimiento el que le permite al *hombre* sentir la convicción de que es una “unidad” superior, mayor que lo somático o lo psíquico (o ambas juntas). La conciencia refleja no es otra cosa que esa parte del espíritu que actúa a manera de un “sentido interno” para que cada hombre vaya encontrando su propio camino, descubriendo y fundando su identidad personal, y, al mismo tiempo, que alcance una coherencia en el obrar para que su conducta y toda su vida tenga un *sentido* y no se fragmente o disperse. El sufrimiento y la capacidad de sufrir tiene para cada cual un mensaje, y en cada uno está descubrir sus huellas para comprender hacia dónde nos conducen.